

más ese mal que ha engendrado el arte y que se llama la nostalgia del cielo. Pero nos vamos acercando á San Carlos de la Rápita, y esta carta debe acercarse también á su término. En las próximas hablaré de las fiestas y de las obras de canalización del Ebro. En el instante de que yo voy hablando, sólo me preocupan los reflejos del mar, tan puro como el cielo, tan hermoso como la imaginación de los poetas que han nacido en sus floridas orillas.

31 de Julio de 1857.

INAUGURACION
DE LA CANALIZACION DEL EBRO

III

Sr. Director de *La Discusion*.—Mi querido amigo: Hemos llegado al término, si no de nuestro viaje, de nuestro deseo; ya estamos en San Carlos de la Rápita. Al dejar la diligencia nos encontramos en medio de la plaza bajo los ardorosos rayos de un sol de Julio; pero á decir verdad, no lo sentíamos, porque las húmedas brisas de mar besaban con amor nuestras abrasadas frentes, devolviéndonos el vigor de la vida, como el rocío de las azotadas plantas. Usted notará que hablo en plural, y voy á darle la razón de esto. No me he separado ni un instante de mis compañeros de viaje; hemos sentido el mismo alborozo, la misma melancolía, y no puedo apartar sus ideas de mis ideas,

sus sentimientos de mis sentimientos, sus emociones de mis emociones.

Hay objetos que á todos hablan en un mismo lenguaje. En una catedral gótica, el ateo y el místico sienten derramarse la idea de Dios por su espíritu como oloroso bálsamo; delante del mar, el materialista y el espiritualista ven despertarse la idea de lo infinito en su mente, como divino ángel. Entre nosotros no habia ni ateos ni materialistas; nueva razon para sentir y pensar lo mismo.

Componíamos la pequeña tribu el diputado por Tarragona Sr. Altés; el ingeniero Sr. Rodríguez; el representante de *El Fénix*, Sr. Lafuente Alcázar; el redactor de *El Occidente*, señor Salgado; el Sr. Navarro, mis compañeros del interior de la diligencia y yo. Albergámonos en casas deshabitadas, pero que por lo mismo tenían algo de poéticas y encantadoras. Desde la azotea de la nuestra se descubrían algunas pequeñas huertas, casas-cabañas, los mástiles de los buques y el mar; sí, el mar, que era el centro donde convergían todas nuestras miradas.

En un instante nos despojamos de nuestro empolvado traje de camino y nos vestimos á la ligera, bajando á la aduana, donde estaba, di-

gámoslo así, nuestro comedor. Pasamos bajo airosos arcos, formados de verde boj que ostentaban la bandera nacional. Aunque presentaba aquel alojamiento el aspecto de las bodas de Camacho, almorzamos muy frugalmente, pues parecia que nos faltaba tiempo y espacio para contemplar el azulado Mediterráneo.

Daré á V. una idea de San Carlos. Al Norte se levantan coronadas por los azules reflejos de puro y vagoroso cielo altas montañas alineadas en forma de anfiteatro, de cuya falda bajan viñas, higueras, bosques de frondosos árboles, ciñendo como de una brillante guirnalda el pequeño pueblo, compuesto de casas muy blancas, de chozas de pescadores y marineros, de grandes edificios, hermosos, cuyas columnas medio destruidas, cubiertas, á pesar de ser modernas, por el color melancólico que presta el tiempo á las ruinas, dan aspecto de antigua colonia á esta poblacion, á cuyas plantas se quiebra, como si fuera un arroyuelo, el inmenso mar, que la arrulla con sus plateadas aguas y con la celestial música de sus brisas y sus ondas. Se me olvidaba decir que al Oriente, pero tocando casi al pueblo, se extiende el canal que íbamos á inaugurar.

Son muy hermosos estos pueblos, que par-

ticipan de las delicias del campo y de las delicias del mar. Aquí se ven á un mismo tiempo la vegetacion con sus flores, sus frutos, su verdor; el mar con sus blancas espumas, sus azules ondas, sus doradas arenas; el labrador con su traje blanco, lo mismo que la flor del almendro ó del azahar, hiriendo la tierra para obligarle á que brote la fuente misteriosa de la vida, y el marinero con su traje del color de las olas y del cielo, como en señal de hallarse siempre entre esos dos infinitos; las palomas, cerniéndose en los aires; las cabras saltando de un precipicio á otro precipicio, y la blanca lona flotando sobre las aguas, hendida por el viento, y la gaviota extendiendo sus alas, que parecen un poco de espuma que el mar levanta á los cielos; miriadas de mariposas suspendidas en las flores que crecen á la orilla de los arroyos; y miriadas de pescados de color de coral ó de esmeralda, que sacan un poco la cabeza del mar, como si quisieren volar, y vuelven á perderse otra vez en su elemento, coleteando de alegría; la infinita variedad de las campiñas, con sus estaciones, la eterna uniformidad del mar, variado sólo por sus tempestades; la naturaleza con todas sus formas, la vida con todos sus encantos, las obras más grandes del

Creador, que parecen destinadas á revelar su hermosura y á cantar sus alabanzas.

Detuvímonos un instante á mirar cómo se quebraban las ondas á nuestros piés y á recibir las gotas de fresca agua en nuestra frente. En esto vino á buscarnos una barca y nos entregamos al plácido arrullo del mar, dejándonos llevar á merced de nuestros remos. ¡Qué hermoso es el Mediterráneo!

Viéndolo, se comprende que sea el mar de la poesía, el espejo de los poetas, que sus brisas agitaron las cuerdas del arpa de David, de la lira de Homero, y que en sus tranquilas aguas se bañaron las musas de la Grecia. El Océano es más grande, más bravo, más tempestuoso, más sombrío, es sublime. Pero el Mediterráneo es más celeste que el Océano, más alegre, más tranquilo, es hermoso. En la categoría de las ideas, lo sublime es más grande que lo hermoso; pero lo hermoso es más humano y está más cerca del alcance de nuestras facultades que lo sublime. El sol es sublime, y por eso no podemos mirarle; la luna es hermosa, y por eso nuestros ojos se bañan en su tibia luz. Dios que está sentado en la cúspide de los mundos; que exhala de su aliento el espíritu; que nos anima; que presta con su mi-

rada luz á los astros; que tiene en sus manos la catarata del gran río de la vida, en que beben su esencia todos los séres; Dios, inefable, infalible, eterno, inmenso, es sublime. Por eso su luz nos ofusca; por eso al verlo pasar, tiemblan los mundos y se ocultan en sus alas los serafines. La religion cristiana, conociendo que el ama se quedaria ciega si de continuo se perdiese en la deslumbradora luz de Dios, ha puesto en el cielo de sus ideas una mística luna, María, á la cual se levanta de continuo la oracion del cristiano, seguro de que aquella tibia luz es la del eterno sol de la verdad y de la ciencia. Dios es sublime, y María es hermosa.

Lo sublime es superior á nuestra naturaleza, y hasta cierto punto incomprendible por nuestra pobre razon; lo sublime nos abate, nos sumerge en una especie de espanto muy parecido al que sintió el pueblo de Israel cuando tronaba Dios en la cumbre del alto Siná. Y hé aquí, por qué el Océano nos espanta. No puedo ver aquellas escarpadas riberas, sus montañas ondas, sus continuas tempestades; no puedo oír roncós bramidos, el huracán que lo azota, sin sentirme aniquilado como la gota de lluvia que cae en su profundo seno.

Lo hermoso nos atrae, nos sonríe; en esa

idea descansa el alma como en su centro; todas nuestras facultades se ponen, digámoslo así, en equilibrio; todos nuestros pensamientos entran en concentrada armonía; gozamos como mirando unos amorosos ojos, como oyendo el acento de una voz querida ó el eco de una cancion de Bellini. El Mediterráneo es hermoso. Sus riberas son doradas; floridos sus campos cubiertos de viñas y de naranjales; su color es el color del cielo; sus brisas son como el aliento del amor; sus ondas se rizan en ligeras playas como feliz lago; sus horizontes son alegres, clarísimos, transparentes; parece como que convidada con su tranquilidad á dejarse mecer por sus ondulaciones; que cuando se quiebra en la orilla, canta; que ha sido creado para retratar como claro espejo las estrellas del firmamento. Es el mar amigo del hombre.

Quando los poetas bíblicos cantaban, este mismo mar movia las alas de su inspiracion, las cuerdas de sus arpas; en él vió Homero levantarse como una niebla á Thetis, sacudir su cabellera cargada de perlas, y llorar sobre el seno de su hijo; este mar fué muchas veces el fondo del teatro, por donde discurrían las grandes creaciones de Esquilo, de Sófoles y Eurípides; en él se apagó, como una exhalacion, la

vida de Safo; de su seno surgió Citerea, blanca como sus espumas, con sus ojos azules como átomos del firmamento, y sus cabellos de oro como los rayos de las estrellas de la tarde; en sus riberas enseñaba Platon la unidad de Dios, y en sus islas Pitágoras las armonías de las ideas, la ciencia de los mundos; por este mar se esparcieron los apóstoles, que por vez primera predicaron la religion cristiana á los hombres, y cerca de él derramó Jesucristo las ondas de sus divinidades, y en su seno, inspirado por sus murmullos escribió San Juan su Apocalipsis; flores marinas eran la Jónia y Sicilia, flores nacidas en el Mediterráneo, y que á sus brisas confiaron sus semillas, para que las desparramasen, ora en Italia, ora en las Galias, ora en España. En sus orillas duerme bajo un laurel Virgilio; en él se miraban las grandes ciudades egipcias, que unieron, al principiar nuestra era, el alma de todos los pueblos antiguos; por sus horizontes vió el Dante volar como el ángel de la oracion, á Beatriz; y mirando su plateada superficie se consolaba en Nápoles Petrarca de la ausencia de su Laura; la estela de las góndolas de Venecia ha dejado una huella de poesía en sus aguas, y la voz de la Provenza el eco dulcísimo de sus aires; y la mirada

de España un luminoso reflejo en sus horizontes; y el Asia, Grecia, Egipto, y todas las naciones que le rodean, han hecho de este mar el conductor de la civilizacion y del arte.

Todos los dramas de la civilizacion se han representado en el Mediterráneo. De él salieron todas las grandes expediciones, desde Alejandro hasta Napoleon. En el Mediterráneo ha luchado el Oriente con el Occidente, la idea de absorcion, de casta, de despotismos, con la idea de la expansion, de derecho, de libertad. Aqui se oye aún el sollozo de Príamo, que era el postrer quejido de la civilizacion oriental, su último suspiro. Por estas azules aguas cruzó el grande, el portentoso César, en cuya alma se unieron el espíritu del Oriente y del Occidente. El Mediterráneo fué como el mediador plástico de Europa, África y Asia. Suprimido en el pensamiento el Mediterráneo, cada uno de los grandes continentes acaso hubieran sido de los restantes tan ignorados como lo fué América de todo el Viejo Mundo hasta el siglo décimoquinto. Encerrado el Mediterráneo entre riberas que lo estrechan, ha podido llevar de un punto á otro fácilmente la primitiva navegacion, incierta y poco audaz; y sólo ese mar tan plácido y sereno, ha podido atraer al hom-

bre para que confiara la vida á sus ondas. Por esto, pues, el Mediterráneo es el mar de las colonias, al paso que el Océano es el mar de las irrupciones.

En verdad, me he distraído mucho, y apenas parece que estoy hablando á V. de un viaje. Pero al hablar de esto, le hablo á V. de las conversaciones que empeñamos en nuestra barca. Allí tuve el gusto de conocer al Sr. Rodríguez, jóven ingeniero, de elevado talento, de clarísima imaginacion; entendido, no sólo en su difícil profesion, sinó en literatura y en ciencias políticas, cuya amistad contaré siempre entre las principales aventuras de este viaje.

Después de un largo paseo volvimos á tierra. Pero no crea V. que nos apartamos por eso del mar. Nos quedamos allí jugando con las olas. He oído decir á algunos que aun creyendo en ella no pueden comprender la felicidad de la bienaventuranza de la contemplacion perpétua de Dios. A la vista del mar se comprende y se explica. Do quier aparece lo infinito, el hombre se recrea en contemplarlo y aspira á volar al cielo, sí, al cielo, que es su pátria. Por eso, á pesar de la uniformidad del mar, el alma se goza en contemplarlo como todo lo que se pa-

rece y se aproxima á lo infinito. Así es que no podíamos separarnos de las orillas del mar. ¿A que no adivina V. en qué nos entreteníamos? Pues nos entreteníamos en plantar un palo en la arena, cuando el mar se retiraba, é ir á cogerlo cuando el mar volvía. Muchas veces las olas nos mojaban completamente los piés.

Pero tuvimos que retirarnos cuando descendió el crepúsculo. El mar se teñía de un tinte rosado, que le daba dulce alegría; algunas nubes por los rayos del sol poniente se retiraban al ocaso á desvanecerse en las mansas aguas, que no se movían como si la próxima noche derramase en ellas tranquilo sueño. Al volver ví en un mástil la imagen de la Virgen, que abría sus brazos al mar como ofreciendo su amor y su amparo á los navegantes. Entonces pensé cuán poético y significativo es el nombre hebreo de María, que significa estrella del mar, y me acordé de un gran poeta.

Sí, en este mismo mar, Byron, que tantas veces había maldecido á Dios; ángel caído del cielo, que se gozaba en arrastrar sus blancas alas por el lodo; Byron, que se aparece siempre á mis ojos con la lira rota en sus manos por la desesperacion, y la copa del placer quebrada á sus plantas por el hastío; Byron oyó al ano-

cheer el acento de una campana, el rezo de los marineros, el murmullo de las olas y de los próximos bosques, agitados por aquella religiosa plegaria á María; y en celestial arrobamiento la vió aparecer en sonrosada nube, pura, hermosa, coronada de estrellas, llevando su hijo entre los brazos, deslizándose sobre la superficie de los mares, envuelta en celeste manto, acompañada de la mística paloma que se cernía en los aires; y ante tal espectáculo cayó herido de hinojos sobre la cubierta del buque, plegó sus manos, y sus labios secos murmuraban una mística oracion que se confundió con las oraciones de los hombres y de la naturaleza. El culto á María es propio de las orillas del mar. Hasta el ateo vió aquí á la Madre del Verbo en toda la realidad de su hermosura; y la vió, porque este mar será siempre su templo.

Venida la noche, nos reunimos alegremente, y todo nuestro divertimento consistió en hablar, sí, en hablar mucho. Todas las opiniones tenían allí sus representantes, á pesar de que apenas éramos doce personas. Nuestra conversacion se asentaba en la grande idea que hace posible la discusion, en el derecho; y todos pensábamos lo que queríamos, y todos decíamos lo que pensábamos. Apenas habíamos ex-

presado nuestras ideas sobre varios problemas políticos, vi acercarse donde estábamos el grupo de los más liberales á uno de los sirvientes, que nos cuidaba y se desviaba por nosotros con solicitud verdaderamente maternal.

Era uno de esos hombres que instintivamente miran siempre una misma idea, que la siguen con más fé cuando ven que les vuelve las espaldas la fortuna, y que en su entusiasmo decia que estaba pronto á darnos hasta *el corazon*. Yo le recordé que no debia dejarse llevar de ese entusiasmo por los hombres, entusiasmo que es el gran escollo de los caractéres meridionales cuando se trata de conservar la libertad.

Nos fuimos despues á descansar. Al dia siguiente presentaba San Cárlos mágico aspecto; llegaban nuestros compañeros de viaje, que se habian quedado en Valencia; los comisionados de la prensa y corporaciones de Barcelona; la comision régia, compuesta de los señores Echevarría, Reina, Pinzon, Barzanallana, Ribó, Madramany, Membrado; las autoridades de Castellon, de Tarragona, y en el puerto anclaban dos vapores, y la gente del pueblo acudia solícita á presenciar tan vário espectáculo.

Nosotros, mis compañeros de la primer expedicion y yo, abandonamos aquel bullicio pa-

ra perdernos en la soledad de los mares. Una gallarda barca, que daba al viento la poética vela latina, nos recibió en su seno y volábamos como en alas del pensamiento, y rompíamos las olas que nos mecían dulcemente, y nos veíamos rodeados por todas partes de celestes reflejos, y contemplábamos la azulada estela, y las brisas que aprisionaban ligera lona nos refrigeraban con sus húmedos besos, y fuimos por fin á dar con una delta de arena formada por la embocadura del Ebro, donde recogimos despojos del mar, conchas y caracoles, volviéndonos á tierra cuando caía sobre nosotros el manto de la noche. Entonces ofrecía San Carlos un maravilloso espectáculo. Algunas barcas iluminadas surcaban sus ondas. Sus farolitos parecían estrellas caídas del cielo. Y al rededor de los arcos de boj se levantaban en trípodes de hierro fogatas de resina que vertían dulce luz en las costas y embalsamaban con sus aromas el ambiente.

Nos sentamos en las piedras de la ribera á gozar de la frescura de la noche, cuando oímos como por encanto, á lo léjos los sonidos de alegre música, que parecían descender de invisibles regiones. Dirigímonos hácia el canal, de donde venían aquellos acentos, y descubrimos

una luz rojiza que parecía los resplandores de una aurora boreal.

Penetramos por fin en la oscuridad, y vimos venir el vapor, magnífico, gallardo, despidiendo espumosas cascadas de sus ruedas, que le prestaban un majestuoso movimiento, iluminado por antorchas, llevando en su seno la música que dejaba los aires henchidos de dulcísimas y alegres armonías, cuyo encanto aumentaba el ligero murmullo de las en aquella sazón tranquilas ondas.

Enseguida la música se colocó en frente de la Aduana, y comenzó á deleitarnos con sus alegres sonidos. Los acentos de la sinfonía de Guillermo Tell, ese cántico de libertad á las orillas del mar, venían á entusiasmar todos los corazones. Despues de mediar la noche, nos retiramos. Al día siguiente se verificó la inauguración. Pero esto será objeto de mi próxima carta. Yo sentía un religioso respeto al cruzar el Ebro, como si viese levantarse de sus orillas las almas de los gloriosos héroes que lo rescataron del árabe enemigo, porque este país tiene grandes recuerdos y grandes glorias. Pero voy siendo ya muy pesado. Adios.